

EL CASCABEL

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 14 DE FEBRERO DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: CALLE DE ATOCHA, NÚM. 59, BAJO: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

Hoy me ha dado la gana
de escribiros en verso la revista
de lo que pasa en la nacion hispana,
víctima del carlista,
y del republicano,
y del tremendo rojo socialista,
y de tantos y tantos mequetrefes
que hacen de cabecillas ó de jefes;
calamidad que á la nacion abruma,
cansada de partidos vividores,
guiados por audaces habladores
que quieren solo, en suma,
vivir sobre el país cómodamente,
aunque el país de tedio se consuma
y á la postre reviente.

La gente radical está que trina,
porque el famoso jefe de pelea,
propagador de la famosa idea
radical, superhna,
por el Gobierno ha sido remitido
á la nacion vecina;
donde podrá lucirse
y sin ningun peligro divertirse;
que aqui bastante ya se ha divertido
y ¡voto á cien legiones del inferno!
no son pocos los males que ha traído
el citado señor con su gobierno.

Hay en esta nacion algunos hombres,
y no cito sus nombres,
pues todos les conocen demasiado,
que son en puridad funesta plaga
que Dios nos ha enviado,
de nuestros desaciertos enojado.
Esperemos en Dios, y que El les haga
conocerse á si mismos, ver los males
de sus falsas ideas, tan fatales
al grande como al chico,
y meterse en su casa
cerrando para siempre el largo pico.

El pico, sí señor, el pico es solo
el origen de todo lo que pasa,
la causa de los males que lloramos...
Aqui sabe charlar hasta el más bolo;
y los que no charlamos
con ruedas de molino comulgamos.
No sufriera en verdad golpes tan rudos
la pátria desdichada
si muchos que han nacido de la nada
hubieran sido mudos.

Sigue el carlista bando
haciendo de las suyas con encono,
por quien lleva ya tiempo demostrando
que no es digno del trono...

¿Y cómo lo ha de ser?... Vê los dolores
de la pátria infeliz, y no se espanta;
escucha los clamores
del padre anciano, de la triste esposa,
y prosigue la guerra, y llama santa
la empresa de saciar torpes rencores:
empresa vergonzosa,
indigna de quien dice que es cristiano
católico, apostólico romano.

El rey de España al trono ya ha venido,
porque era su derecho,
porque el único ha sido
que nunca mal ha hecho
á la pobre nacion desventurada
por todos combatida y destrozada.
Ya no es posible que Don Carlos vea
su aspiracion lograda.

Europa entera su conducta afea,
pero á él, se conoce, y á su tropa
les importa un comino toda Europa,
y anhelan en su saña
que sea suya ó que perezca España.
Con estos buenos modos
quiere Don Carlos que le amemos todos.
Mucho, mucho se engaña
si piensa que en la guerra fratricida

no ha de ser su bandera al fin vencida,
á despecho de los ojalateros
que inventan mil historias
de soñadas victorias;
y por Dios que si fueran verdaderos
los triunfos que han contado
esos propagandistas del carlismo,
no habria ya con vida ni un soldado,
y al dulce absolutismo
nos hubiéramos todos entregado.
En fin, hágase pronto
la paz que tanto anhela
el país fatigado; ¡no sea tonto
Don Carlos! no se forje ya ilusiones,
y, si la tiene, cuénteles á su abuela
sus derechos, sus locas pretensiones,
las arrastradas mañas
y bárbaras hazañas
de ciertos campeones
de los que ahora se estilan,
que al mirar á un valiente
escapan bravamente
y si ven á un anciano le fusilan.
Apáguese la tea
de la discordia y brille esplendorosa
la hornilla de la fábrica que humea;
bierva la muchedumbre nunca ociosa;
rompa la dura tierra
la reja del arado;
la riqueza que encierra
multiplique el comercio apresurado;
ceda su puesto Marte
á la industria y al arte
y probemos al mundo que hoy nos mira,
á veces con dolor y otras con ira,
que arrepentida de su torpe saña
poderosa renace nuestra España.

Hemos tenido el carnaval del siglo,
y ha salido por ahí cada vestiglo
que verlo daba gozo;

pobre Rafael, si más enemigos de conversacion que los agentes de Zulima los que así le despojaron maniatándole á un árbol, no hubieran añadido una mordaza.

Este fué el resultado de la funesta cita cuyo secreto sorprendió Jacobillo.

¿Qué podemos añadir para llenar esta laguna?

Fácil es que el lector se lo figure. Encantadas sorpresas, delirantes trasportes, alegrías, impacencias dulcísimas por parte de Rafael. ¡Cuántas veces miraba al cielo aquella mañana apostrofando la lentitud del sol! ¡Cuántas veces miraba su cronómetro, que anotaba muy bien, y persuadido de que le mentía, lo ponía en hora por el reloj más adelantado de la casa!

Mas esto no templaba su vivo anhelo. Era preciso ver el reloj de la iglesia y el de las casas consistoriales. Salía, pues, entraba; volvía á salir y á entrar; por fin, cuando á las cuatro montó á caballo, dejó en su casa todos los relojes descompuestos.

¡Pues y las seis horas mortales que era preciso entretener hasta hallar á su amada?

Rafael pensó que no seria prudente rondar por las afueras de Castle-Tarif, y echó por otro lado.

En su pobre cabeza forjaba un mundo de aventuras: combates con lord Riffle, altercados con el otro gentleman, fácil victoria sobre su buena madre, persecuciones, raptos, y entre todas estas cosas, citas de amor.

El drama estaba ya desenlazado de mil maneras, y Cid, á mal traer, principiaba á impacientarse de aquel

ir y venir, de aquel dar vueltas y vueltas sobre el mismo punto, ó bien del desatino de las intempestivas y rápidas carreras que le hacia dar aquel mentecato, cuando las sombras de la noche, viniéndose encima, le tornaron más grave, procurando al buen Cid breves minutos de reposo.

Después, de un modo sosegado, marcharon media hora. El camino era dulce, fresca y pura la brisa, la noche bella.

Rafael miró el reloj, y eran las nueve: adelantaba una hora larga.

No obstante, como la negra sombra de los naranjales de Castle-Tarif comenzaba á dibujarse sobre el horizonte, dijo con pesadumbre dando á las riendas ligera tension:

—Aun es temprano.

Cid se quedó parado como una máquina, resoplando á manera de suspiro.

Negrísima sospecha le abrumaba. ¿Qué iban á hacer allí y á semejante hora?

Su dueño contestó á este mudo aparte:

—Sí, amigo mio, sí; ya es demasiado. Hay para aniquilar al coloso de Rodas. ¡Caer desde las nubes al abismo... y hoy levantarme sin transición hasta el quinto cielo! ¡Oh, Lucrecia, Lucrecia! todo en tí es admirable... pero cuidado, cuidado, que á pocos choques de estos estallará mi corazón.

Y saltando ligeramente de la silla, soltó las riendas sobre el cuello de Cid y echó á andar, internándose á la derecha, sobre un espeso bosque, en busca

PÍLADES Y ORESTES.

CUENTO ORIGINAL

L. S. DE BARRAMEDA.

(Continuacion.)

Entretanto la madre decía al niño:

—Toma, Jacobo. Pon esto donde estaba, y por supuesto, ni una palabra á tu hermano ni á nadie. Luego baja á la cuadra y pregunta á Chapin si sabe en tal día qué lugares frecuenta Rafael en sus paseos. Así podremos calcular quién es la novia.

Pero Chapin nada sabia sobre este particular; y como daban las doce de la noche, la señora creyó de su deber disimular tan señalado escándalo.

—Se habrá quedado en el cortijo, dijo al fin fingiendo una tranquilidad de que estaba ajena. Bien podía esa criatura haber avisado. Pero en fin, ¡cómo ha de ser! Jerónimo, añadió volviéndose á otro criado; que se cierren las puertas, que se apaguen las luces, y todo el mundo á la cama.

XIX.

¡Infames bandoleros,
que me habeis á traicion acometido! etc.

Tal pudiera exclamar con Diego Marcilla nuestro



mucho feo pasó como buen mozo,
y salieron vestidas de vestales,
virtudes pregonando peregrinas,
algunas inquilinas
que habitan de la Plaza en los portales.
En fin, hubo político, que osado
se lanzó por las calles atrevido,
vestido de hombre honrado,
y nadie, por mi fé, le ha conocido.

Siguen los pretendientes
fingiéndose alfonsinos,
por dar que hacer á los ociosos dientes,
y sitiando sin tregua los destinos.
Aquí todos queremos
que el Estado nos vista y alimente,
é imposible es lograr que lo alcancemos,
al ménos que la máquina reviente.
Y al fin reventará, no haya cuidado,
y cuando esté logrado
este triste ideal, y se halle inerte
la nacion castigada por la muerte,
dirán tal vez en épocas mejores
varios historiadores:
«Contemplad este ejemplo, caminantes,
»y medita sobre él breves instantes;
»Aquí fue España, aquí llorad, paisanos,
»la mataron activos y cesantes....
»todos han puesto en ella ¡oh! Dios ¡las manos!»

Y con esto, lector, á Dios te queda,
sigue sin novedad, y dá á la esposa
un par de besos; y si alguna cosa
necesitas, y es cosa que yo pueda....
mándame con franqueza, que si un duro
tienes tú por azar, ten por seguro
que yo soy tan tu amigo
que á partirlo dispuesto estoy contigo.

¡TE CONOZCO!

Si hemos de creer al Calendario, el Carnaval ha pasado ya y nos encontramos en plena Cuaresma.

No ha sido grande, que digamos, el entusiasmo de los madrileños, ni han abundado los disfraces, ni han brillado por su novedad las bromas; pero el tiempo ha sido soberbio, y el contratista de las sillas del Prado ha debido hacer un buen negocio.

La frasecilla de *Te conozco*, me está zumbando todavía en los oídos y amenaza resonar en ellos perpetuamente.

La verdad es que dicha frase constituye por sí sola una broma bastante pesada.

Figúrense Vds. á mi vecino D. Torcuato, que des-

de una fuente que murmuraba á pocos pasos de su linde.

Cid le siguió tan bien como Tralla.

Pero mordiendo su bocado, decía:

—Pues, por lo visto, no ha terminado todo. ¿A que tenemos esta noche borricos caídos? Y ese necio de Tralla, ¿dónde estará? Apuesto cualquier cosa que anda rondando á su Marisabidilla. ¡Confúndala el Profeta! Afortunadamente Dios es grande.

Y aquí volvió á quedar parado. Estaban en el claro de la fuente.

Nuestro jóven bebió; y como si aquel agua desbordara el torrente de su felicidad ó su melancolía, volvióse á su caballo, y, colgándose á su cuello, exclamó:

—¡Oh! amigo mío; mi querido Cid, mi noble compañero, mi orgullo y mi gala; acaso á tí te debo las delicias sin fin de esta noche solemne.

Y hundiendo su cabeza en las profusas crines del hermoso animal, quedóse inmóvil, absorto, ensimismado.

Muchos minutos trascurrieron así. De repente, el caballo, que veía crecer la yerba, creyó divisar varios bultos de hombres que entre los troncos de los árboles los rodeaban como un círculo. Cid se fijó un momento, y los vio crecer. Mas ¿cómo despertar á su dueño? No era Cid ciertamente ningún medroso; no obstante, creyó llegado el caso de dar un relincho.

Empero el jóven no se movió.

Y los bultos seguían acercándose.

pues de haber figurado como sócio de la Tertulia progresista y suscriptor de *La Iberia*, durante muchos años, muestra ahora el mayor empeño en hacerse pasar como un consecuente alfonsino. Le han prometido un empleo, acaban de decirle que es cosa hecha, y radiante de gozo se lanza al Prado. ¿Cómo no ha de impresionarle vivamente la frase de *Te conozco*, que lanza una máscara al pasar á su lado? ¿Será aquella máscara alguno de los ministros? ¿Se descubrirá su procedencia? ¿Se quedará sin empleo?

Su esposa, Ciprianita, no comprende acaso el temor de su marido, con quien se ha unido por lo civil hace pocos meses; pero tiembla á su vez y se pone colorada cuando un *pierrrol*, que la para, pronuncia el terrible *¡Te conozco!*

—Y es que ha conocido Ciprianita á tantos!...

—*Te conozco!* dice una jamona á un hombre de mala catadura.

—¡Con tal de que no llames á un guardia! murmura éste por lo bajo.

—*Te conozco!* dice un astrólogo á un pollo; y éste, que tiene sus puntas y ribetes de literato y cree que todo el mundo le conoce por su nombre y le señala con el dedo, se apresura á preguntar:

—¿Cómo me llamo?

—*Te conozco!* dice un muchacho pegando con una vejiga llena de viento á un pobre viejo, delgado como un papel y pálido como la cera.

Y el aludido exclama con voz imperceptible:

—Algun discípulo. ¿Quién sinó podría conocerme?

—*Te conozco!* dice un leviton á una hermosa jóven.

—¡Imposible! murmura por lo bajo un celoso. ¿Quién podrá preciarse de conocer á esta mujer?

—*Te conozco!* repite un moro, de grande y blanco turbante, á un jóven que pasea triste y pensativo.

—Gracias á Dios que hay alguien que me conoce, contesta el aludido. Desde que estoy cesante, ministros, diputados, amigos, mi novia... nadie me conoce ya.

—*Te conozco!*... *¡Te conozco!*...

Es indudable que la hipocresía no se abandona, ni siquiera cuando se pone uno la careta.

De otro modo, nunca escucharíamos sola la citada frasecilla, sino que la acompañarían muchas más.

Cruzaríamos el Prado, y de uno en otro extremo no dejaríamos de escuchar frases como las que siguen:

—*Te conozco!* Eres un infame usurero, que engañas al mundo con tu aire de beatitud. Prestas á real por duro á la semana á los pobres de las plazuelas, y después te confiesas cada quince días.

—*Te conozco*, mujer, y te desprecio: séparate de tus compañeras, que son buenas y honradas, al paso que tú causaste la muerte de un hombre á quien engañabas por otro, y abandonaste más tarde al fruto de tus impuros amores.

—*Te conozco*, médico: ya sabes que el origen de tu fortuna es un crimen profesional.

—*Te conozco*, escribano, y todos te conocen como yo: ¿por qué no traes en el ojal de la levita la escritura falsa que arruinó á una familia, en lugar de esa cruz de Isabel la Católica?

—*Te conozco!* farmacéutico falsificado; vendedor de infaustas drogas y envenenador con título.

Cid volvió á relinchar.

Igual silencio.

El animal entonces sacudió la cabeza violentamente, diciendo en su idioma.

—¡Oh! Tralla... Tralla... ¿Quién despierta á este bruto?

Y las sombras seguían avanzando.

Rafael, á tan brusca sacudida, estuvo á punto de caer; mas agarrándose á las crines recobró el equilibrio.

En seguida murmuró con dulce acento:

—Quieto, Cid... quietecito. No me inquietes.

—¡Por vida de los moros!—relinchó el caballo, hiriendo el suelo con el pié.

Ya iba su dueño á replicarle, cuando ¡oh desgracia! se sintió cogido. Al punto quiso echar la mano sobre las pistolerías; pero la mano también fué detenida, y Cid retirado. Los ladrones, pues, le tomaron á traición. La lucha fué brevísima. Rafael estaba débil, y ellos eran muchos. La sorpresa, el ensueño, y sobre todo el acónito, tomado á grandes dosis los días atrás, contribuyeron á su vencimiento. Rodeáronle, sujetáronle, amarráronle, amordazáronle, y así, impotente, agarrado, aturdido, presenció cómo uno de aquellos tunantes saltaba sobre Cid, viéndole luego alejarse y desaparecer en la difusa penumbra del bosque.

El segundo de aquella tropa dijo entonces:

—No ha de ser el cuervo más negro que las alas. Registremos en seguida al señorito, no vaya á lasti-

—*Te conozco!* hombre político, traidor á todas las causas y conspirador eterno. Tú cobrabas de los conservadores y conspirabas con los radicales y cobraste luego de los demagogos para derribar á los radicales, y á un mismo tiempo, organizador de manifestaciones federales y agente carlista; eres un Judas que vendes á todos tus maestros, pero que no tienes siquiera el pudor de ahorcarte.

—*Te conozco!* inconsolable viudita; pero tira ese negro manto, que es el único luto que llevas, mientras que tu alma va vestida de boda. ¿Te acuerdas de la carta que escribiste á tu amante mientras tu esposo se estaba muriendo? Y di, ¿es cierto que el primero entró en tu casa al mismo tiempo que sacaban el cadáver del segundo?

—*Te conozco!* arquitecto; me salvé milagrosamente de la muerte cuando se hundió la sola casa cuya construcción has dirigido. ¿Sacaron ya de los escombros á todas las víctimas?

—*Te conozco!* poeta; pero mucho antes de que nacieras conocía tus obras. Una de ellas se conserva desde el siglo XVIII entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional; otra me la leyó un jóven que murió al poco tiempo y era amigo tuyo. Creo que fuiste su testamentario y el encargado de ordenar sus papeles. Tu última poesía consta impresa con leves alteraciones en un semanario del año 1840: precisamente del año en que tú nacías. ¿Proyectas alguna otra comedia? Ya sé que estás estudiando el archivo del teatro Español...

—*Te conozco!* tramposo: tú vives á la puerta del Casino, pidiendo á todos cuantos salen de él. Tienes talento, podrías trabajar; pero no comprendes lo que es el honrado trabajo y el noble sudor. Y, para mengua de la humanidad, ¡todos los que te dan dinero te conocen también!...

¿No es cierto que este sistema sería más bonito y variado?

Al llegar á este punto, recuerdo el día en que estamos, alzo la vista y contemplo delante de mí una figura larga y triste, que tapa el camino por donde se ha marchado el alegre Carnaval.

—*Te conozco!* exclamo involuntariamente, ¡tú eres la Cuaresma!

SOBRE LA EMPLEOMANIA.

Continúan los periódicos, cuyos redactores han sido colocados, con mucho gusto nuestro, en altos puestos, clamando contra la empleomanía, y poniendo como nuevos á los pretendientes; y tales cosas les dicen, que temiéndolo estoy que el mejor día van á ir unos cuantos de esos pretendientes, que á osados nadie les gana, á pedir estrecha cuenta á las redacciones de los periódicos que tan sin piedad les maltratan.

Por supuesto que es muy cómodo clamar contra la empleomanía cuando ya se ha cojido una buena breva, bien que sea poco cristiano denostar desde tan holgada posición á los pobres infelices que acaso no piden más que un pedazo de pan para no morir de hambre.

marse con alguna cosa de las que ellos suelen traer en las faltriqueras.

Rafael fué despojado del reloj, de la petaca y del dinero.

—Ya basta, almas de cántaro. ¿Queréis dejar á su merced como un S. Sebastian?—exclamó otro más grave, separando del jóven al primero que habló.

—Tiene razon el tío Camelo—añadieron á coro dos ó tres.—¿Qué tiene dicho el capitán?

—Que se trate á su merced como al mismo San Dimas.

—No es esa la opinión del que manda el trabajo, contestó uno.

—A bien que ahora tenemos libertad y Constitución—replicó gravemente el tío Camelo.

El segundo bandido añadió:

—¿Conque es decir que el señorito se queda aquí tan libre como un *descomo*, y que no nos lo llevamos á correr mundo?

—*Chipé*

—Y eso por qué ha de ser, tío Camelo?

—Porque no es razon pedirle un rescate á la señora, cuando es todito el año la madre de los pobres.

Rafael sintió en su corazon algo muy dulce: aun en medio de aquellos facinerosos se escuchaba la caridad de su buena madre.

El bandido ejemplar siguió diciendo:

(Se continuara.)

Yo vengo clamando contra la empleomanía y haciendo este favor á los gobiernos hace doce años, y *gratis et amore*, porque todavía no me han dado á mí el menor empleo, y acaso soy el único periodista en España que no le ha cojido el más leve pellizco al presupuesto. Que yo clame porque dejen en paz los pretendientes á los ministros y grandes señores, eso sí que tiene mérito, dicho sea sin modestia; pero que clamen los que ya han pescado lo que querían, eso sí que es demasiado fuerte.

Ahora voy á proponer al gobierno un medio seguro de acabar con la empleomanía, que es enfermedad que cada vez se generaliza más por el contagio del empleo. Vamos á ver si se adopta este medio seguro de tener buenos empleados.

Es muy sencillo.

Fórmese un tribunal compuesto de eminencias en todos los ramos de la administración pública, y obligúese á todos los actuales empleados, de subsecretario abajo, á ser examinados por ese tribunal. El examen ha de ser público.

A los empleados de Ultramar, por ejemplo, se les harán preguntas relativas á la administración de nuestras posesiones, á su historia, usos y costumbres; á los de Gobernación se les preguntará acerca de las leyes vigentes en los diversos ramos que abraza aquel departamento; á los de Hacienda, sobre todo lo relativo á este ministerio, etc., etc.

Los empleados que contesten bien serán confirmados en sus puestos, y se les dará un certificado; los que no sepan contestar quedarán cesantes para siempre; es seguro que resultarían así vacantes para muchos pretendientes, y que todo pretendiente que pudiera afrontar el examen y salir de él con lucimiento tendría colocación.

Establecido este sistema para la provisión de los empleos públicos, la empleomanía habrá concluido, y habrá buena administración.

Pero si no se hace esto, este año habrá más pretendientes que el pasado, y el año que viene más que este.

Y es lógico; el ejemplo es poderosísimo.

Fulanito ha sido ministro un mes sin saber una jota, y por esto le han quedado 30.000 rs. anuales mientras viva. Pues valiente tonto ha sido el hombre que ha trabajado toda su vida para comer poco y mal, y morir de hambre cuando sea viejo. Si en lugar de eso se hubiera metido á revolucionario y hablador, ya habría sido ministro y tendría sus 30.000 de cesantía. La empleomanía, caballeros, se acaba haciendo que cada cual obtenga lo que merezca por su saber, por su ciencia, por su probada aptitud; pero no se acabará nunca si se dan los destinos á Fulano, porque ha sido consecuente liberal; al otro, porque es hijo de un personaje; á éste, porque escribió cuatro tonterías; á aquél, porque habla con facilidad y descaro, y conviende taparle la boca.

Digo, me parece á mí.

¡OLE!

Hay en Andalucía una especie de funcionario público que se llama el Jaleador. Todo cantador que entona una caña, unas playeras, etc., tiene por auxiliar eficaz ó buscado un individuo que, aunque el cantador en vez de cantar, rebuzne, lanza con más ó menos gracia un ¡Ole! al fin de cada copla, y esta es la especie de funcionario á que nos referimos.

Dejemos esto á un lado y pasemos á otra cosa. Dios dé larga vida á D. Emilio Castelar, como de todo corazón se lo pedimos, pero hay que convenir en que si á este eminente y funesto orador y escritor se le hubiese llevado Dios cuando era pequeño y participaba de la santa fe religiosa de aquella su buena madre, que con tanta frecuencia y emoción recuerda, Castelar hubiera ganado mucho y su patria hubiera ganado mucho también.

Expliquemos esto: Castelar si Dios se le hubiese llevado entonces, estaría en el cielo al lado de su piadosa madre; y su patria no tendría hoy que llorar los inmensos desastres que con sus insensatas predicaciones filosóficas y políticas le ha causado (seguramente sin intención de causárselos), pues es indudable que de haberse llevado Dios á Castelar hace muchos años, no hubiera incurrido una gran parte del pueblo español en los sangrientos y sacrilegos delirios y extravíos que hemos presenciado en estos últimos tiempos y á que se debe quizá, y sin quizá, la actual guerra civil.

Hace pocos días un periódico republicano decía: «Castelar se marcha á Suiza. Ha perdido una república, pero va á encontrar otra. La que no encontrará hombres como Castelar es la pobre España.»

Elogios como este del elocuente y funesto orador y escritor, se ven con frecuencia en los periódicos de su

opinión política, y siempre se ve que los periódicos de las demás opiniones, aún las más opuestas, aprovechan la ocasión, no diremos que para repetirlos, pero sí para acompañarlos de un ¡Ole! más ó menos entusiasta y sandunguero.

He aquí por qué siempre que entonan una caña, una playera, etc., á D. Emilio Castelar los cantadores de la opinión del elocuente y funesto orador y escritor, los cantadores de las demás opiniones nos recuerdan al Jaleador andaluz.

En un pueblo de Castilla la Vieja había un joven muy laborioso, muy honrado, muy amante de sus padres y sus hermanos y muy querido de todo el vecindario; pero andaba siempre manipulando pólvora con objeto de refinarla y hacer fuegos artificiales á que era muy aficionado y en que era muy diestro. Su propia familia y los vecinos le aconsejaban que abandonase aquel entretenimiento porque era muy peligroso para todos, pero él despreciaba sus consejos teniendo en más que ellos los aplausos que el vulgo prodigaba á sus admirables fuegos artificiales.

Un día, se le prendió la pólvora, pereció toda su familia, sufrió mucho todo el pueblo y por milagro se salvó él. Desde entonces, aunque ha abandonado su afición á la pólvora, el vecindario le ve pasar con dolor y benevolencia, pero se guarda muy bien de saludarle con un ¡Ole!

CASCABELES.

Al mismo tiempo que los periódicos alfonsinos y los comités hacían la propaganda de la buena causa y formaban la opinión en favor de la solución salvadora de la patria, un honrado y modesto fabricante de la Ciudad Condal que ha tenido la suerte de ver desembarcar en su puerto al rey de España, conquistaba corazones, ganaba simpatías para el régio proscrito, todo en aras de la lealtad y amor nunca desmentido hacia su causa y en desagravio de pasados y trascendentales errores cometidos. D. José Juliá, que así se llama, creyó, y creyó con acierto, que las mejores flores que podía ofrecer á un rey símbolo de paz y de bienestar general, eran las simpatías de millares de súbditos, alejados no hacía mucho tiempo de la verdadera senda que debía y debe conducirlos al mejoramiento de su estado, y el pensamiento, como todo pensamiento noble y generoso, dió los más felices resultados, y lo que algunos creyeron utopía ó locura, convirtiéndose en lisonjera realidad, que aun así, y dadas las circunstancias que acababan de pasar, se tuvo por los testigos presenciales del hecho, por casi milagroso; tal era la empresa, que sin ulterior interesada mira, más que la de hacer un gran servicio al país y á sus conciudadanos, había acometido el Sr. de Juliá.

El acreditado periódico *Diario de Barcelona* publicó los pormenores del acto grandioso y conmovedor, en el que en presencia de un monarca joven y lleno de los mejores deseos, se patentizó la honradez, la buena fe de miles de operarios humildes y laboriosos, manifestando su adhesión sincera á la nueva causa, y sus esperanzas de encontrar siempre amparo y protección legítima y debida en quien era aclamado por la nación entera como iris de paz y de felicidad.

Los esfuerzos y trabajos del Sr. de Juliá se vieron, por lo tanto, colmados del éxito más satisfactorio. Su majestad estuvo amabilísimo y deferente para con aquellos hijos del trabajo, á quienes agradeció una adhesión tan pura y desinteresada, y á quienes ofreció su protección en todo aquello que razonable y justo fuera.

Acto tan importante y que pudiera ser de una inmensa trascendencia para el bien de los obreros y de la nación, no pasó desapercibido para el distinguido escritor D. Juan Mañé y Flaquer, como se revela leyendo la carta que á D. José Juliá dirige en *El Diario de Barcelona*. Con aquel elevado instinto, con aquel sano y recto criterio con que trata todas las cuestiones, robustece con su irrefutable lógica, con su ilustrado razonamiento, con su lenguaje noble en cuanto es todo lo franco que debe ser, las buenas semillas que comenzó á sembrar el Sr. de Juliá, en una clase siempre respetable, siempre digna por su honradez y por su buen sentido.

¡Pero podrá darse por terminada la loable misión del autor de un pensamiento tan elevado, del escritor que, sin dar descanso á su pluma, ha inculcado siempre en las clases obreras las mejores y más acertadas máximas?

De ningún modo. Nosotros creemos que solo ha principiado á imperar la razón sobre la injusticia, la verdad sobre la mentira; nosotros creemos que solo se ha comenzado á recorrer la senda del bien, que solo se

ha dejado á un lado el precipicio: aquella está abierta, pero también éste permanece sin cerrar.

Penetrado de esta verdad y con entera fé en la gran empresa acometida, el Sr. Juliá solo pide éste como medio para realizarla: facilidades, y nada más que facilidades, á los poderes constituidos, para seguir obrando con desembarazo, y hacer que se conviertan en hechos las promesas dadas y las esperanzas legítimamente concebidas. Para conseguirlo, sabemos que una comisión de personas respetables é independientes han solicitado una entrevista con el Presidente del Consejo de Ministros, y no dudamos que, concedida que sea, se verán satisfechos los deseos del autor del hecho en que nos hemos venido ocupando. Es preciso que cese por completo la influencia de la *Internacional* entre los obreros, y esto el Sr. Juliá lo corregirá si obtiene el apoyo de los poderes constituidos.

Con el título de *Biografía infantil*, y escrita por los Sres. D. Cayetano Vidal, D. Cecilio Navarro, don Julián Bastinos y otros, acaba de publicarse en Barcelona, por la casa editorial de los Sres. Bastinos, una bellísima obra ilustrada con cien grabados, y que comprende otras tantas noticias biográficas de hombres eminentes en la historia del mundo. El objeto de familiarizar á los niños con las grandes figuras que honran á la humanidad, es laudable en extremo, y el lujo tipográfico de la edición constituye muy poderosamente á hacer grata á la niñez su lectura. Creemos, por lo tanto, que la *Biografía infantil* está llamada á tener un gran éxito, y así lo deseamos, para que los celosos editores vean recompensados sus desvelos en la publicación de libros consagrados á la instrucción.

El cuerpo de carabineros, que tanto ha sufrido en la guerra civil que arde en España, dando pruebas de valor, abnegación y de todas las virtudes de los buenos y valientes militares, verá al fin que se hace justicia á sus méritos, gracias al dignísimo general que hoy está al frente del benemérito cuerpo nombrado. El Excmo. Sr. D. Manuel Gasset, uno de los más distinguidos generales de nuestro ejército, que en la expedición á Méjico y en la guerra de Africa, y antes en cien ocasiones demostró sus grandes dotes militares, siempre fiel á la dinastía legítima, ha querido, inspirado en un noble sentimiento de justicia, que se le haga al cuerpo de carabineros la que se le debe, y ha pedido para dicho instituto la bandera nacional que todos los regimientos poseen. El cuerpo de carabineros no olvidará nunca lo que por él hace el dignísimo general Gasset, cuya historia militar tanto honra á las armas españolas.

Los conocidos autores—Besinia (D. Alejandro)—y Corchado (D. Manuel)—han escrito y publicado—una colección preciosa—de romances inspirados—por las escenas terribles—y la ruina y el estrago—de la guerra que sostiene—los parciales de D. Carlos.—*Páginas sangrientas* llaman—á su libro, y yo declaro—que es obra digna de encomio—que merece mil aplausos.—Vendese por dos pesetas;—laminas tiene y retratos;—la edición es esmerada,—como hecha en casa de Aguado.

Se anuncia, y no será sola,—que á darse á la estampa va—pronto una *Historia de la revolución española*.—Si forma la suscripción—la gente desengañada,—haga el autor gran tirada,—que agotará la edición.

Esperando al ministro un pretendiente,—se murió de repente,—y otro al mirar escena tan tremenda,—con gozo sin igual, alegremente,—dijo: Ya hay uno menos que pretenda.

Los pretendientes de esta gran nación,—no tienen ni siquiera corazón.

El municipio cordobés, queriendo—que la posteridad contemple ufana—un hecho que aun España está sintiendo—y que siempre acogió de mala gana,—ha acordado, sin grandes discusiones,—pues discutir es feo,—que un cuadro de su sala de sesiones—pase á colgarse al provincial museo.—¿Queréis saber cuál sea—el asunto del cuadro consabido?—Pues reproduce el tal... prestad oído:—la terrible batalla de Alcolea.

Soñando que le hacían general,—sufrió cierto carlista—un ataque tremendo cerebral.—*Salta, pues, á la vista—que los carlistas aunque son tan jaques,—no pueden evitar ciertos ataques.*

De un salón ministerial—ví salir á Don Pascual,—muy contento y muy ufano,—llevando en la diestra mano—su anhelada credencial.—Y al ver cuantos pretendientes—en una antesala había,—iba diciendo entredientes:—«¡Qué costumbres! y ¡qué gentes!—y ¡cuánta holgazanería!»

